pensó que fuera tan bonito. Sonó la chicharra de la puerta exterior; porque ya se había olvidado de ellos y que tenía una cita de negocios. Cinco de la tarde en punto marcaba el Certina que rodeaba su muñeca, velluda y olorosa de Mitsouko.

Cuando abrió el frasco de crema y comprobó que estaba totalmente vacío se sintió perdido como nunca. El agua del lavabo sólo lo transformó en un *clown* sin chiste.

Se quitó el reloj y los zapatos sin saber por qué. Corría del baño a la luna y de allí a la ventana. Imaginó de pronto que Ezequiel Amézquita sería corrompido por las lenguas. Se comentaría que él, el dueño de envases Prisma y uno de los más importantes empresarios del país, era afeminado o maniático sexual o que comenzaba a volverse loco por tantas presiones y por tanto dinero. Insistía necia, cruel, la quemante chicharra.

Sin mediar razonamiento lo invadió un donaire: "Yo soy el más rico, Lugones no sería capaz de reírse, menos Nicolás de la Garza. Mis facciones tejen el poder, soy el poder. Así bajaré."

A media escalera reculó. De nuevo, atemorizado, trató de borrar el maquillaje con pañuelos desechables y borlas de algodón.

Fue sorprendido por el vicepresidente y gerente de envases Prisma, en la alcoba, frente a los flamingos, por medio de la luna los vio acceder.

—Don Ezequiel... creímos que algo malo sucedía... ¿no importunamos?

-¡Váyanse!... No, mejor cierren la puerta.

Por un raro afán de indivisibilidad, Salgado y Garza también se responsabilizaron de la pintura.

—¡Chingué uste a su madre Lugones y usted también Nicolás de la Garza... con ese pinche nombre de municipio!

Lugones comenzó a lloriquear igual que una dama incisa. Tal vez por ver el arco iris en el rostro del presidente. De la Garza lo consolaba, entre llantos confesó que él también, en el privado de su despacho se delineaba las cejas. El sí los veía cara a cara, ellos no, a pesar del impulso de masacrarlo con la vista. La servidumbre escuchaba fragmentos de la discusión. Envases Prisma vivía una crisis de máscaras.

Los criados al escombrar y descubrir que el traje del señor olía al perfume de la señora y al recoger las boquillas marcadas con bermellón, hablaron de embriaguez, de pérdida de facultades mentales, de una consecuencia por estar alejados de Dios. No se hablaba de otra cosa, incluso les angustiaba que se agotara el tema.

Al lunes siguiente, desde la habitación, reconoció entre las persianas que Camelia andaba en la alberca esmeralda. Salió chorreando agua y se cubrió la espalda con una toalla. Oculto la observaba su padre. Percibió sus muslos maleables, el vello púbico transparentado por el agua, de nuevo el vértigo, obstinadamente trató de recordar el olor del oro y cuanto sería capaz de acumular. Pudo restaurarse. Los marasmos dañarían su destino. Afortunadamente el tiempo estaba de su parte, era lunes. Pronto sería otra vez don Ezequiel Amézquita.